

riales no publicados. Por otra parte, al poner constantemente a Peterson en diálogo con otra serie de autores, como Benjamin³, se corre el peligro de perder el hilo del discurso. A veces da la sensación de que más que ante un estudio de la obra de Peterson, el autor ha aprovechado la circunstancia para presentar sus propias reflexiones sobre temas conexos, trayendo a colación sus autores preferidos.

No termino de estar conforme con la crítica que le hace a Peterson en torno a la inadecuación de un paralelismo entre los conceptos de «kosmos» y «eón» (ej., p. 142). Según Anglet, Peterson tendría razón al subrayar el comienzo del nuevo eón con Cristo. Sin embargo, no habría comenzado de igual manera el nuevo kosmos, rompiendo así el paralelismo. Sin embargo, se ha de considerar que el nuevo eón que ya ha comenzado no ha alcanzado su plenitud, sino que se encuentra bajo la figura del tiempo escatológico; tiempo que finalizará con la parusía. Pero el final del tiempo escatológico no significa la clausura del nuevo eón, que es indefectible. Igualmente, al nuevo kosmos todavía le falta la consumación, con la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, ya ha comenzado, pues somos «criatura nueva» en Cristo, somos cuerpo de Cristo. La muerte y resurrección de Cristo tiene un alcance cosmológico, de transmutación y transcendización (*Transzendierung*) del cosmos, como ocurre con el tiempo. Así pues, en mi opinión el paralelismo de Peterson es correcto y se mantiene. Basta con considerar las transformaciones que se dan con la pascua en el templo: el nuevo templo es el cuerpo de Cristo, la comunidad cristiana que celebra la liturgia unida a la corte celestial y a su Cabeza. O dicho lo mismo de otra manera, la reserva escatológica no posee solamente un aspecto temporal, sino también cosmológico y espacial.

Esta monografía ha puesto de relieve, una vez más, la densidad del pensamiento teológico de Peterson y su enorme influjo, poco reconocido, en la teología del siglo xx. El tema elegido dista de haber sido agotado. Particularmente interesante resultaría seguir la trama de la historia de este concepto a través de la teología del siglo xx.—G. URIBARRI, S.J.

MIGUEL PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2001² (corregida y aumentada), 560 pp.

Caracterizado por la solidez de su estructura, y la ecuanimidad de sus criterios, llega a su segunda edición este amplio manual de teología mariana.

Ya la sección dedicada a María en la Sagrada Escritura destaca por su extensa y actualizada información, analizada y contrastada con detenimiento tanto en el cuerpo de la exposición como en sus numerosas y abundantes notas.

La asimismo extensa segunda sección se dedica al desarrollo mariológico en los Padres, de tanta relevancia para fundamentar en la tradición la fe católica. Se distribuye en dos períodos, alcanzando el primero hasta el concilio de Calcedonia y el segundo

³ Como antecedente, véase K. ANGLET, *Messianität und Geschichte. Walter Benjamins Konstruktion der historischen Dialektik und deren Aufhebung ins Eschatologische durch Erik Peterson*, Berlin, Akademie Verlag 1995.

hasta el final de la patrística que se estima concluye con el siglo VIII. Bebiendo en antologías de toda solvencia, y en numerosas monografías, proporciona una enorme variedad de materiales, que resultará de enorme utilidad a profesores y estudiantes.

La tercera parte de la obra, *María en la fe de la Iglesia*, no se limita a estudiar los cuatro dogmas marianos; presta también atención a la asociación de María a la obra de la Redención, y al culto y espiritualidad marianas.

En cada capítulo el A. muestra su competencia en el manejo y discernimiento de las fuentes, poniendo especial empeño en situar las cuestiones mariológicas en el contexto global de la teología, y de manera más próxima en sus relaciones con la cristología. En todo esto MP se muestra muy informado sobre las discusiones en torno y posteriores al Vaticano II.

Pone así en guardia, al tratar de la maternidad divina ante la devaluación de la divinidad de Cristo por parte de determinadas corrientes; concede amplia extensión a las controversias en torno a la virginidad; se muestra sensible a la repercusión en el dogma de la Inmaculada Concepción de las discusiones en torno al pecado original, y a la relación con la Asunción de María de las opiniones sobre el estado intermedio.

En todas las cuestiones se muestra fiel a las enseñanzas del Magisterio, como no puede ser menos en el teólogo católico. Mantiene con claridad digna de encomio que el momento biológico no puede ser considerado como irrelevante al considerar la virginidad de María, y señala con acierto el carácter histórico de la concepción virginal como la mejor explicación de su clara afirmación por los evangelios de la Infancia. Sin perder nunca la serenidad de su tono expositivo, se muestra netamente partidario de la clausura del seno materno en la virginidad en el parto. Tiende más bien al tuciorismo al interpretar la documentación de la Iglesia relativa al estado intermedio.

En cada uno de los temas de carácter sistemático, MP vuelve sobre los datos históricos pertinentes o los proporciona por primera vez, dada su opción de interrumpir el recorrido histórico al final de la patrística. Ello obstaculiza estudiar el sentido con que un tema determinado ha sido vivido a lo largo de la historia, cosa que sería importante de considerar quizá más especialmente, por su relación con la mujer, en los casos de la Inmaculada y la Virginidad.

La obra que nos ocupa se mueve más, de manera intencionada, en el campo de la doctrina que en el de la relación con la historia. Pienso que hubiera sido posible aunar más ambos aspectos, por exigencia de la misma temática y del momento de nuestra cultura.

El estudio de la asociación de María a la obra redentora pone de manifiesto la conciencia con que la Iglesia descubre progresivamente la cooperación de María con Cristo, y su presencia en la vida creyente. Explica menos el cómo de esa presencia de María y la modalidad de su influjo concreto. Con su buen criterio MP descubre la dudosa oportunidad de definir nuevos títulos marianos.

Tratar del culto indica al mismo tiempo donde se halla la primera fuente de la doctrina, y cómo ésta se encamina hacia la celebración que transforma en vida el estudio.

La obra hubiera ganado en unidad si la perspectiva desde la que se construye se hubiera adoptado con mayor claridad, y se hubiera mostrado más operante en cada tramo de la reflexión.

Ello no empaña las muchas cualidades de la obra, algunas ya mencionadas, amplitud de información, equilibrio de criterio, serenidad y talante expositivo, calidad de la bibliografía ofrecida y efectivamente manejada. Todo desde esa legítima y necesaria preferencia por la clarificación doctrinal tan necesaria en nuestros días.

Nuestra felicitación muy sincera al autor, y también a la editorial Herder, por su trabajo pulcro y atractivo, digno de todo elogio.—JOSÉ R. G.^a-MURGA.

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *Fin del cristianismo premoderno (Retos hacia un nuevo horizonte)*, Sal Terrae, Santander 2000, 216 pp., ISBN 84-293-1379-6.

La fuerte conciencia de estar viviendo un momento histórico único ha hecho que Andrés Torres Queiruga, con un lenguaje sin concesiones y un título rotundo, aborde el controvertido tema de la urgencia del cambio de paradigma en la Iglesia. La propia dinámica de la sociedad posmoderna está pidiendo a gritos dicha transformación y sería interesante aprovechar lo sembrado por el Vaticano II en esta dirección. Habría que favorecer y alimentar las propuestas del Concilio en torno a cuestiones tan vitales como la vivencia de la misma Iglesia desde una eclesiología de participación y comunión o el diálogo con el mundo, incluidas las otras religiones, en cuanto esencia del ser creyente y no simplemente como un elemento más.

Ya en el prólogo el propio autor presenta el plan del libro y su estructura general. Los cinco capítulos en que se divide pueden ser agrupados en dos partes fundamentales. Una primera, constituida por los dos capítulos iniciales, trataría de sacar a la luz la novedad de horizonte en el que la Modernidad ha situado a la religión. Para Torres Queiruga es evidente que el cristianismo debe vivir la Ilustración como un punto de inflexión en su historia. Las cosas ya no pueden volver a ser como antes.

Para afrontar este cambio de mentalidad, la teología —y con ella toda la experiencia religiosa— debería repensar las grandes cuestiones de la fe con arreglo a la nueva situación. Entre los planteamientos a revisar señala los conceptos de creación y de salvación. Ambos le parecen claves para afrontar los retos de la nueva sociedad. Porque, de una buena comprensión de los mismos, dependería la posibilidad de entender la realidad como un «todo» envuelto por la absoluta iniciativa divina. Si Dios ha creado (y sigue creando cada día) por amor, significa que nada de lo que existe queda fuera de su presencia. La creación sería en sí misma el primer acto salvador. En este sentido la palabra bíblica aparecería como la gran ayuda para descubrir esa Presencia que habita en todas las cosas. Según el autor, profesor de Teología Fundamental y de Filosofía de la Religión, esta idea respetaría al máximo el carácter autoverificativo de la religión oriental, la reivindicación moderna de autonomía subjetiva y la búsqueda posmoderna de experiencia directa e inmediata.

En esta primera parte Torres Queiruga se detiene en analizar otra cuestión en la que considera imprescindible realizar un giro radical: se trata del ámbito del lenguaje religioso. El «giro lingüístico» ha puesto de relieve la importancia del lengua-